

079. La familia en oración

Muchas veces ha salido en nuestro Programa el tema de la ORACIÓN, como algo básico y fundamental de la evangelización cristiana. Pero hoy queremos mirar la oración como algo constitutivo y esencial de la familia, que si es una “iglesia doméstica”, no puede dejar de ser también una “familia de oración”.

No queremos familias paganas, sino cristianas, capaces de dar con su ejemplo la vuelta a la sociedad.

Como pasó con aquella familia de los Alpes. Dos jóvenes pintores alemanes, fríos, descreídos, se dirigían a Roma como alumnos de las grandes escuelas de la pintura, empezando por Miguel Ángel o Rafael. Les sorprende la noche en aquellas alturas casi inhóspitas, y han de pasar la noche en una casa campesina que los acoge. Acabada la cena, llegaba la hora de la oración en familia, para la que se reunieron todos sus miembros, hasta los dependientes. Los visitantes no aguantan su risa maliciosa:

- ¡Mira éstos, con qué tonterías están todavía!...

Ellos no rezan nada, por supuesto. Pero, al final, han de oír cómo el dueño de la casa, añade a los rezos acostumbrados de cada día:

- *Y ahora, un Padrenuestro de más, para que Dios se apiade del alma de esos dos señoritos y se digne convertirlos.*

Ambos se quedan mudos. Y uno de ellos, pintor después muy conocido en Alemania, reconocerá:

- *Nunca hasta aquellos momentos comprendí lo que era la doctrina católica de la Comunión de los Santos* (Peter Cornelius, 1811, en una casa del Tirol)

Esta es la verdad. Si la oración nos une a todos los hijos de Dios, a toda la Iglesia, estableciendo, manifestando y dando prueba de la Comunión de los Santos, ¿cómo no va a unir en santidad a los miembros de la familia, haciéndoles sentirse un corazón dentro del mismo Corazón de Cristo?

No están lejos los días en que se hizo famoso en todo el mundo el eslogan del Padre Peyton con su campaña del Rosario: *Familia que reza unida, permanece unida.*

Cuando se mete Dios en el hogar, ya no es solamente el amor natural, ni los lazos de la sangre —por buenos, fuertes y benditos que sean—, lo que va a unir a los esposos y a los hijos. Es todo un Dios el que se empeña en ser la ligazón de un cariño que se manifestará tanto más fuerte cuanto más avance el tiempo.

Porque la oración es el grito que muchos corazones alzan a la vez hasta el Cielo, formando un coro potente, y es por lo mismo capaz de conmover el corazón de Dios de manera irresistible. Se ha dicho bellamente que *Dios no resiste a los que se juntan para orar con un solo corazón, sino que está en medio de ellos, como vencido.*

Esta oración en familia, aparte de ser el culto a Dios en la “iglesia doméstica”, es el gran medio de la formación de los hijos en la fe. Ni la catequesis parroquial, ni la escuela católica, ni la Misa Dominical tan siquiera, sustituirán jamás a esa fe que infunde la oración aprendida de los labios de la madre, y repetida después cada día por toda la familia, sea con la simple bendición de la mesa, o con la más reposada antes de retirarse por la noche a descansar.

¿Dicen que hoy ya no se acostumbra esto? Es cierto. Se ha perdido en muchos hogares la oración familiar en común. Pero no podemos negar que, si yendo contra corriente, volvemos a recuperar en nuestras casas el sentido de la oración, habremos hecho por nuestras familias el mayor bien imaginable.

Hoy que el turismo, o el simple salir de casa, se ha hecho una necesidad social, la familia puede aprovecharlo para dejarse caer en un santuario de la Virgen, o en una capilla de especial devoción, y hacer allí eso que ha dejado de hacerse en la casa propia, es decir, orar todos juntos, dando testimonio de que se vive la fe, de que todos suspiran por llegar un día a la misma Casa donde el Padre les espera...

Se hicieron muy célebres en sus días las charlas del Papa Pío XII a los recién casados. En una de ellas, les habló a los nuevos esposos sobre la “audiencia diaria con Dios”:

“¡Cuántos deben su salvación a la oración de cada día! A esta audiencia del Papa no han venido el uno sin el otro, queridos esposos. Así también, vayan en la familia juntos a la audiencia de Dios... Futuros papás y mamás, muy pronto la vista de sus pequeños ángeles terrestres, arrodillados junto a ustedes, con las manitas juntas y con los ojos fijos en la imagen de María, les traerá a su memoria el recuerdo de la propia infancia... Esposos cristianos, al postrarse ante la divina Majestad el uno junto al otro y rodeados por sus hijos, pronunciarán con mayor confianza la suplicante petición: ¡Padre nuestro!”.

El recuerdo de aquella infancia en oración con los papás, es el que hizo volver a la Iglesia a aquel caballero, muy apreciado en su entorno social, pero que, descreído siempre, había llevado una vida muy desarreglada, inmoral, perdida. Avanzan los años, y ante una muerte que ya no puede tardar mucho, se decide a ir en busca de un confesor. Los amigos de siempre, se lo quieren impedir:

- ¡Beatón! ¡Miedoso! ¿Por qué te rindes?...

Y él, completamente sereno:

- *Porque quiero que mi fin sea como mi principio. Quiero acabar mis días rezando, como se hacía en mi casa, todos juntos, antes de ir a dormir. Mis padres están con Dios, a quien rezaban siempre, y yo quiero estar con ellos...*

La oración, fuerza de la familia, ha olvidado los cauces antiguos, pero está buscando otros senderos nuevos por los que caminar alegre y segura. Si Dios está siempre con el que reza, la familia de fe le dice a Dios: *Ven aquí, y no te vayas. ¡Señor, qué bien que estamos contigo!...*